

Retrato de un suéter rojo

Miriam Mabel Martínez*

*

Natalia Escobar (@NatyEscobarV)

El suéter rojo que me tejió mi prima me hizo sentir especial. Recuerdo como, al vestirlo, se acomodaba en mi cuerpo como una segunda piel. Un cuerpo textil sobre mi cuerpo humano. Dos cuerpos reaccionando, accionando, abrazándose. Recuerdo su textura al deslizar mis dedos sobre el relieve que marcaba la puntada de arroz. En aquel entonces, yo ignoraba que esas texturas correspondían a una puntada que –tampoco sabía– tenía un nombre. Nombres que alguien le había asignado al hacer una analogía visual a un algo que le resultaba conocido. Arroz porque se parecía al arroz, o costilla porque asemejaba a una radiografía de la columna vertebral, así como la cornisa en la página editorial es una referencia a la cornisa arquitectónica. Sentía los relieves en mis yemas y, sin saberlo, yo misma hacía conexiones con otros conceptos que me habitarían en el futuro y que descubriría, poco a poco, en ese hoy táctil. Un presente sensorial lleno de una rítmica voluptuosidad. Sentía la musicalidad de la puntada, aunque mi vocabulario apenas se estaba ampliando, a la par de mis sentidos. Era yo, con mis poquísimos años, observando el mundo con mis curiosidades y preguntas a cuestas. Era una niña de pupilas y de manos atrevidas.

Arropada con mi suéter rojo abierto, de cuello mao y cierre, me lancé aquel año escolar a expandirme dentro y fuera de clases. Me sentí superpoderosa. Nadie tenía un suéter

como el mío, lleno de secretos –ahora sé– y de cimas y simas apenas perceptibles. Me gustaba sentir las. Las tocaba con la certeza de que ahí había un mensaje, un texto inescrutable como el pentagrama que mi hermana recorría con sus ojos y tocaba con sus manos. Tan indescifrables como los signos de taquigrafía que mamá apuntaba a una velocidad fuera de mi alcance y de mi entendimiento. Había otras escrituras, otras maneras de armar palabras, otras formas de escribir, y mi suéter rojo, a partir de una puntada de un arroz reinterpretada por mi prima, me contaba una historia distinta.

Tenía siete años y aún no sabía leer textiles. Desconocía que el arroz simple era una vuelta de derecho y un revés, y que en la siguiente se tejía un revés sobre un derecho, para armar un entramado en el que los reverses se escondían y los derechos asomaban. Ignoraba que existía un arroz doble (dos derecho y dos reverses; segunda vuelta punto sobre punto, como decía mi maestra de “Bordados y tejido” de la secundaria, y luego dos reverses arriba de los dos derechos, y dos derechos arriba de los dos revés, y en la cuarta vuelta punto de punto, y así). Aquel arroz no era sencillo ni doble; el arroz de mi prima era un sencillo alargado (un derecho y un revés, siguiente vuelta punto sobre punto, tercera vuelta revés donde el derecho y derecho donde el revés, por dos vueltas). Líneas intercaladas

que narraban su cariño resaltando su pericia en desarrollo, un amor fraterno que entretejía su habilidad con las agujas y mis pininos. Líneas que azuzaban mi inteligencia matemática invitándome a descubrir secuencias. Lo que observaba eran secuencias en acción: 2, 4, 8, 16, 32, 64... no eran lo mismo, pero lo eran; la cuestión radicaba en descubrir la lógica. Un derecho, un revés...

Tampoco sabía que existían puntadas que emulaban resortes en su funcionalidad. (¡Qué hermoso es ver estirar una tela tejida a mano!). Ignoraba, por supuesto, que un resorte sencillo también partía de la base de un derecho y un revés, que crecía vuelta a vuelta, punto sobre punto, que hay otro doble y uno armado por un derecho y tres reverses. Tiritas alargadas que alineaban derechos verticales uno sobre otro, flanqueados por unas onditas que me recordaban el mar...

El mar.

La forma de los reverses era la misma con la que yo trazaba las olas cuando, al dibujar –en un pasado prematuro–, soñaba con mi futuro de artista. Tenía cinco años, era la más pequeña del taller de artes plásticas de la primaria pública en la que mi hermana estudiaba el quinto grado. Yo entraría al siguiente ciclo, así que la maestra Ruth me aceptó en una actividad extraescolar que –hoy sé– desvió mi destino. Tampoco sabía que en ese taller luego coincidiría con

Fabiola, mi amiga de la infancia, con la que me inicié en el periodismo: juntas dirigimos el periódico mural de nuestra Escuela Primaria República de Irak.

No sabía leer ni escribir, pero la maestra Ruth me estaba enseñando que había otras maneras de leer y escribir el mundo; formas que se transformaban en otras, como los medios círculos, metidos unos en otros (como las matrioshkas) o las v repetidas (como los derechos en la puntada jersey) que componían el pasto que alimentó a la vaca que dibujé con cabeza verde porque acababa de pastar. Lo recuerdo bien. Mi vaca se había escapado del paisaje que contemplaba desde el parabrisas del auto, rumbo a la casa de los abuelos. Aquellas vacas pasaban frente a mí como en el cine, mientras que la mía estaba congelada en un *still*. Pero eso tampoco lo sabía.

¡Qué extraños son los recuerdos! Se repiten una y otra vez, infieles a sí mismos. No recordamos en orden, sino en un desorden cronológico acompañado de un *collage* de diálogos salidos de un cadáver exquisito. Ni siquiera recordamos rostros definidos, apenas murmullos visuales que suenan a combinaciones estafalarias de derechos y reverses. El suceso se presenta en otras variaciones que se enciman en sensaciones, *close up* a texturas, objetos, ideas, lugares, frases, sonidos, olores. Un palimpsesto de nostalgias. Lo invisible se ordena

desordenando el evento o resumiéndolo en un objeto o en una nota. Un canto de pájaro que resume la sensación de estar tejiendo alumbrada con los últimos rayos de sol. Una sonrisa que regresa cada vez que dibujo ese suéter rojo que aún me acompaña en la memoria con la misma lealtad con la que me cuidó durante mi infancia. He olvidado el momento de la entrega, solo me acuerdo de mí vistiendo la sensación de seguridad... ¿Cuándo fue? No sé cuál fue mi reacción, ¿estaba envuelto? ¿Fue sorpresa? Mi recuerdo huye de cualquier cronología. No hay sucesión de eventos, solo el hallazgo. Hallazgo como mi vaca verde o la página de secretos de mi madre escritos en taquigrafía, que yo creía que mi hermana traducía y tocaba en el piano. Magia pura.

Herencias manuales...

En mi suéter rojo está entretejida mi vaca verde pastando, y aunque no pertenecen al mismo momento de mi vida, en la nostalgia son el mismo tiempo. Estoy tensionando la crayola, casi destrozándola al rayar, una y otra vez, el cielo azul sin nubes, para que el sol brille más y yo sinta su calor. Una sensación prístina, lúcida, como mi primera lección de tejido. Una hebra enredada en los dedos de la mano izquierda y, en la derecha, las agujas prestas para bailar haciendo nudos. En la mano izquierda, el acorde; en la derecha, la melodía, como me explicaría mi hermana después. Una imagen que se coló del futuro al

pasado. Eso siempre sucede al tejer. Lo aprendería después, al evocarlo.

Me acuerdo de la habitación amplia de mis abuelos, la cama cubierta con una colcha estirada y esponjada al mismo tiempo, ¿cómo puede ser?, y el espejo del tocador duplicando la crema Nivea, tan espesa como la frustración que casi me aplasta aquel día. Un reflejo que me salvó. Las dos Miriam se guiaron para lazar de nueva cuenta aquellos puntos que se le habían escapado a una de ellas. No sé qué pasó, o qué hice. Lo que sé es que mis manos hicieron malabares para sujetar, en un baile de dedos y agujas, ese estambre. Mi añoranza carece de una imagen específica y, sin embargo, siento que soy capaz de invocar cada detalle con esa nitidez implacable que solo es posible en los sueños. Soy una niña que es la misma mujer adulta que teje con la agudeza que dan los años, una inexperta que siempre está dispuesta a desobedecer y a seguir las andanzas de los puntos por otros lares.

En mis recuerdos, las imágenes de la niña que alguna vez fui, se cuelan en mi presente cada vez que amarro mal las agujetas, en lealtad a la dificultad que me apabulló en mi primera infancia. Aprieto el nudo de los tenis y la sensación del error, que me apretaba cuando me enseñaron a amarrar las agujetas, me hace dudar: ¿aprendí a hacer nudos? Los nudos son los mismos, aunque siempre son diferentes, como los que se desatan

en la memoria, como aquel el sábado en el que mi madre me llevó a comprar la hilaza que usé en mi taller de “Bordados y tejidos” de la secundaria. ¡Cuántos estambres, cuántas tiendas, cuánta variedad se extendía por una calle que no tenía fin! ¿Una cuadra?, ¿dos?, ¿cinco? Había un estambre especial para cada proyecto, para cada idea. Me parecía que había un estambre para cada día del año y para cada ciudadano del mundo. Algodones, lanas, hilazas, estambres de grosores, colores, texturas y olores sinfín... una variedad que amenazaba con comprometer una decisión y otra. Una tan libre y divertida, que no me fue difícil descubrir el material adecuado ni el color justo, en rosa palo, para tejer mi tarea. Supongo que, en otra diversidad, mi prima se topó con el rojo de mi suéter. Un rojo especial, un rojo para Miriam, un rojo que se escabullía de las obligaciones de los suéteres escolares. Un rojo que era para mí porque así lo había elegido ella. Un rojo de un suéter que antes de ser tejido ya tenía una historia particular. Un rojo que se transformó en un hermoso suéter que aprendí leer después. Un rojo que era yo.

Si sé que esa búsqueda-hallazgo de la hilaza rosa se celebró un sábado, no es porque recuerde la fecha, sino por deducción. Entre semana no podía ir, y los domingos las tiendas del centro de la Ciudad de México están cerradas. Después de comprarlo fuimos a comer, como aquellos sábados

de compras que empezaban tempranito, debido a que cerraban las tiendas a las dos de la tarde, y a mi mamá le gustaba llevarnos a mi hermana y a mí a deambular por las calles detrás de la Catedral Metropolitana. Una caminata a través de los contrastes, en la que pasábamos del año 13 conejo al virreinato y al México desigual, ruidoso y diverso que estaba sintetizado en la bandera gigante que parecía perseguirnos al cruzar un zócalo, cuya dimensión no deja de impactarme, que me correteaba hasta el restaurancito de sillas naranjas donde recuperábamos fuerzas. Menú del día: consumé o sopa de pasta, arroz (aún no se estilaban las ensaladas), de segundo, y un guisadito de esos muy mexicanos, como cerdo en verdolagas, pollo en mole, taquitos dorados de pollo, tortitas de carne en salsa verde o calabacitas con elote, chile ancho y costillitas. Recuerdo el sabor con tanto antojo como en esos momentos en que saboreaba las manzanas cubiertas de caramelo que remataban la odisea. La felicidad que sentí ese sábado fue distinta. Fui feliz, no solo porque conseguí el material de algodón, sino porque intuí que aquella travesía por la calle, detrás del Palacio Nacional, me había conducido a una dimensión desconocida. Una dimensión a la que entré para transformarme en lo que soy. En quien soy.

¿Y quién soy? Una mujer madura que se reinventa en cada derecho

y revés. Una tejedora que cada vez que inicia un proyecto, vuelve a tener todas las edades, cinco, siete, diez, trece... y siente la ansiedad, la inexperiencia y el goce en el acto de descifrar textiles. Una matemática que reconoce las fórmulas, una escritora que agrega siempre nuevas palabras en su diccionario textil. Desde entonces, me fascinaba la certeza de que mi vocabulario se enriquecía con dos puntos juntos, bastas, alzar el punto, y me sentía fascinada con las posibilidades de las combinaciones. Me parecía mágico que una hebra y dos agujas bastaran para crear una estructura que, además, podía ser dibujada de distintas maneras. ¡Qué sublime y que extraño es eso de pasar puntos por delante o por detrás para tejer trenzas o una “Y” sinuosa, o formas orgánicas como las dunas! Creo que ese sábado llegué a casa lista para leer de corrido mi suéter rojo.

No sé qué me maravilló más, si el hecho de que mis nuevos conocimientos me ayudaran a descifrar el texto tejido o que, mientras leía que el resorte no era ni sencillo (1d, 1r) ni doble (2d, 2r) sino uno que combinaba ambos (1d, 2r), fui sintiendo las manos de mi prima en el estambre. La imaginé con sus 22 años, con su pelo negro, negro, como solo se tiene a esa edad, con sus hormonas que resplandecían en el candor de sus actos y otras curiosidades que yo experimentaré después. La mujer joven que re-tracé aquel día, por supuesto,

no correspondía a la que le enseñó a tejer a la niña Miriam de siete años y, sin embargo, esa muchacha estaba ahí. Recuperé la tensión y la energía de su juventud, así como la premura por vivir lo que le habían enseñado. Debía aspirar también el cariño que nunca ha dejado de ofrecerme. Nos queremos. Y ese suéter fue la primera prueba de su amor. El retrato de ese amor.

Aprendí a leer y a escribir combinaciones de derechos y reverses con la misma voracidad con la que los tejía y leía y tocaba los ejercicios del libro *Duvernoy*. Ejercicios de velocidad para entrenar las manos que descubrieron la misma felicidad que mi hermana Mayra sentía al tocar el piano, al tejer. Quizá esas repeticiones en escalas me alejaron del piano y me acercaron al tejido. ¿Cómo explicarlo? A diferencia de mi hermana, a mí sólo me gustaba repetir escalas, tarararararará, doremifasollasído, dosilasolfamiredo, como si ese vertiginoso ir y venir tejiera una vuelta y otra y otra como si sucediera en mi tejido. Una vuelta y otra y otra y otra. Ir y venir hasta construir un relato, una estructura, un fragmento, un párrafo que podía convertirse en un relato, en la parte sustancial de un algo. Un algo en el que estaba yo, como estuve y fui en mi suéter rojo. Tal como en mi suéter rojo, aunque ya sólo exista en el recuerdo, permanecen intactas las manos de mi prima Argelia.